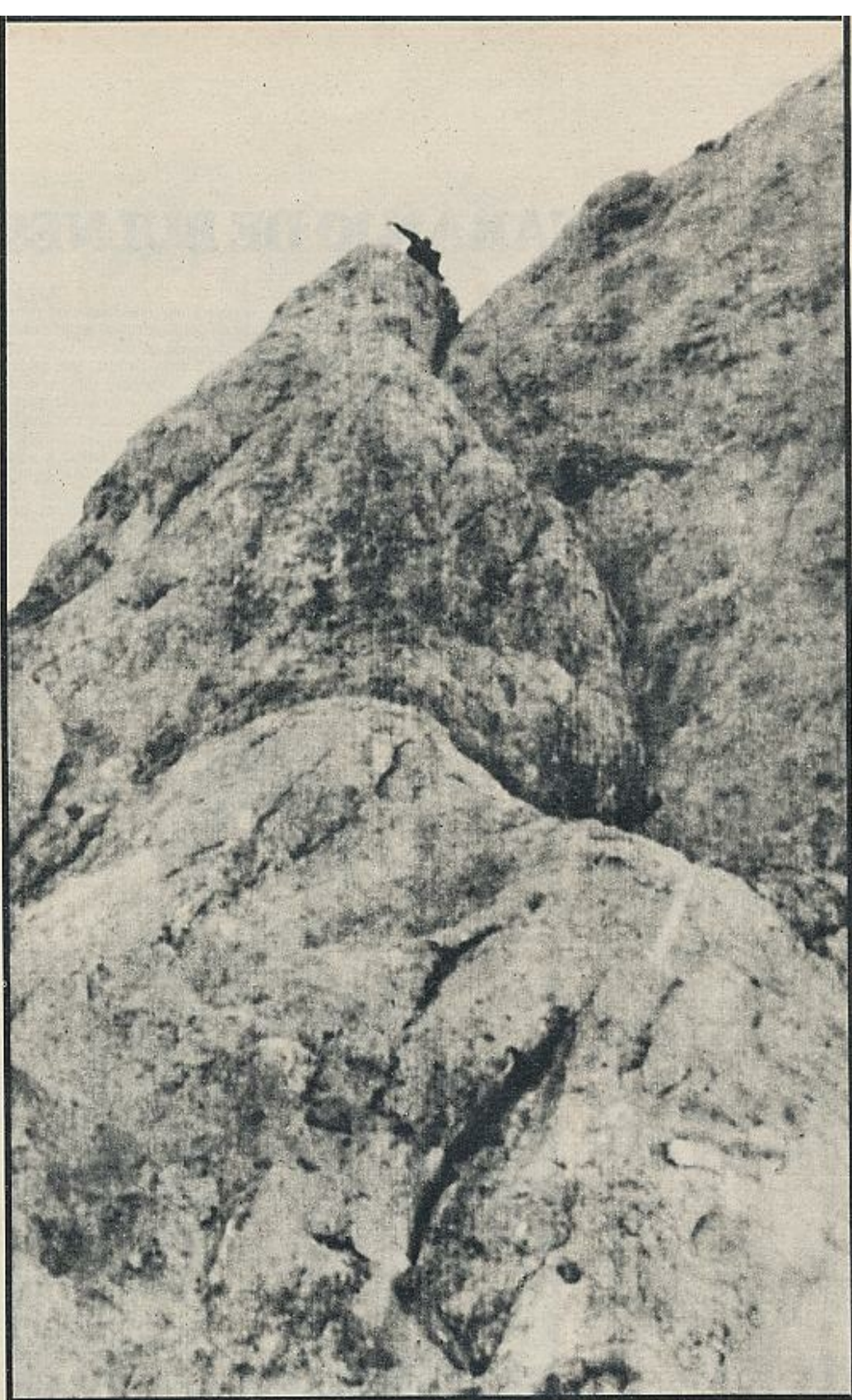


**M**UCHOS montañeros españoles se encuentran disconformes con la manera en que se ha desarrollado la pasada semana la ascensión a la cara Oeste del Naranjo de Bulnes. El increíble tinglado establecido con motivo de la subida, la dimensión publicitaria motivada por el hecho de que tanto la cordada de César Pérez de Tudela como la de Gervasio Lastra estaban financiadas por cadenas periodísticas, el oportunismo que supone haber realizado el ascenso pocas semanas después de la muerte en el intento de otros compañeros, la desmesurada amplitud concedida por todos los medios de información —y no sólo por los patrocinadores— a un hecho del que parecía depender el porvenir del país, pero que ni siquiera podía alcanzar la dimensión de lo deportivo, dado el carácter de competición manipulada económicamente con el que se ha realizado, el adjetivo heroico que se ha empleado como en los más gloriosos tiempos futbolísticos o ciclistas, el carácter de protagonista sea a costa de lo que sea por el que lucha César Pérez de Tudela en cualquiera de un tipo de actividades habitualmente silenciosas como las del alpinismo; todo ello, conjuntamente, ha formado un "show", un conglomerado, en el que lo de menos era la impresionante mole del Naranjo, tomada como pretexto para todo tipo de exhibicionismos, amplísimamente divulgados por los "mass-media" nacionales.

Uno de los montañeros disconformes es Carlos Muñoz-Repiso, hombre joven pero con bastantes años de alpinismo a su espalda y con expediciones realizadas hasta el Cáucaso en 1968 y el McKinley, en Alaska, en 1971. Perteneciente al club Cumbres y al Grupo Español de Alta Montaña, Muñoz-Repiso es presidente del Comité de Montañismo Juvenil de la Federación Española y profesor de la Escuela Nacional de Alta Montaña, todo ello en el tiempo libre que le deja su profesión de abogado y técnico de la Jefatura Central de Tráfico. Con él hemos mantenido el siguiente diálogo:

**TRIUNFO.**—¿Cuál es tu opinión sobre el «show» montado en torno al Naranjo de Bulnes?

**CARLOS MUÑOZ-REPISO.**—En principio, el montañismo ha sido desde siempre una actividad íntima, donde el montañero ha subido montañas para buscar una satisfacción personal; es decir, se sube a una montaña, allí unos hacen fotografías, otros toman tortilla, unos llegan a las cumbres y otros no, y cada cual vuelve a su casa sin contárselo a nadie, sin que haya habido



El Naranjo fue coronado por Lucas, Pérez de Tudela, Ortega y García Gállegos, habiéndose retirado Lastra.

# NARANJO DE BULNES: DEL ALPINISMO AL ESPECTACULO



# NARANJO DE BULNES:

otro móvil, otro fin, que el de pasar un buen día y el de disfrutar de la naturaleza de la montaña vanclendo una serie de dificultades. De ahí que el montañismo, tradicionalmente, fuese —y siga siendo— una actividad de gente que pasa un poco ignorada, de carácter humilde, y sin que haya que ir cacareando las escaladas o las montañas que se han subido. Entonces, acabo de leer en un periódico madrileño un comentario, firmado con seudónimo, que me ha entristecido bastante, ya que viene a decir, más o menos, que el clásico montañismo se acabó, que la idea del montañismo que todo el mundo tenía, de hombres que eran unos «conquistadores de lo inútil» —este es el título de un libro escrito por un famoso guía de los Alpes—, pues eso se habla terminado. Yo creo que no, que eso ha sido siempre así y sigue siéndolo.

«Lo que pasa es que ha aparecido otra forma de una actividad que se realiza en la montaña, pero que yo no creo que sea montañismo ni que sea escalada ni que sea alpinismo. Es una actividad de tipo comercial —como resulta evidente—, en la que se ha sabido convertir lo inútil en útil, en rentable, con una habilidad que quizá pase a los tratados de ciencias económicas. El montañismo era como la filosofía, algo que no tenía una utilidad material, que no servía para, sin rentabilidad matemática de cuenta de Banco cifrada en unos guarismos. Aunque sí servía para muchos otros bienes del espíritu de carácter íntimo.

«Por eso, el «boom» que estamos viviendo, todo este «show» del Naranjo de que tú hablabas, yo creo que no tiene mucha relación con el montañismo. De ahí la postura de la Federación —que apruebo personalmente— de no meterse en este asunto, dada la profesionalización que hay por medio. Pero no profesionalización montañera en su concepto clásico, de guías de montaña o de asesores técnicos de una escuela o de profesores de montañismo, sino esta profesionalización de llevarlo todo por el camino del tremendismo, de los muertos, de públicamente pedir protección divina antes de emprender una escalada... todo este exhibicionismo... Yo diría que la relación entre este tipo de actividad —que no tengo nombre para llamarla, porque está por inventar— y el montañismo es la misma relación que puede haber entre la prostitución y el amor, que no tienen nada que ver en absoluto, aunque a veces haya alguien que los pueda confundir o tengan ciertos puntos de contacto...

T.—¿Podrá llegar a ser el alpinismo un deporte competitivo?

C. M.-R.—No, nunca; ni un deporte de competición ni un deporte de exhibición. Porque sus resultados no son objetivos, cabe el camelo. Quiero decir que así como en los cien metros a un señor le ponen un

número en la espalda y un cronómetro objetivamente está contando los segundos y las décimas de segundo que tarda en recorrer aquellos cien metros, y no cabe camelo ninguno, en el montañismo cabe evidenciosamente. En el tenis puede haber un profesional, porque le pones a jugar en una cancha, y si a aquel señor le llegan las bolas y da con la raqueta al aire, pues se ve que es malo, y ese señor no puede ser profesional. Lo mismo en la mayoría de los deportes. Pero en el alpinismo puede entrar mucho la mentira, porque es una actividad que se hace en medio de la montaña, sin notarios que den fe de si

vencer. Y hay una limitación natural, una autolimitación, de las cosas que yo puedo utilizar; es decir, utilizo la cuerda porque me da un margen de seguridad, utilizo unas clavijas que se meten en las hendiduras de la roca, y que por medio de un mosquetón, sujeto mi cuerda para retener mis caídas o para ayudarme en la progresión; utilizo estribos que me ayudan en esa progresión... hasta ahí, eso no me quita placer. Ahora, si utilizo una escalera de bomberos de trescientos metros —en el caso de que las hubiera— adosada a la pared y subo por ella hasta llegar a la cumbre, pues realmente no tendría ese pla-

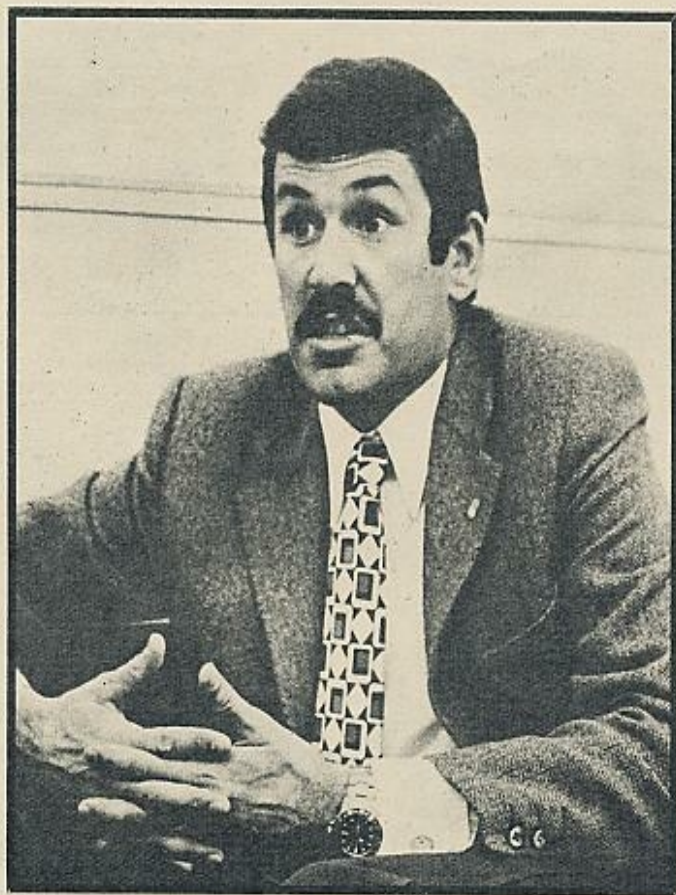
el lado difícil, colocando cuerdas para que estén allí fijadas (1) y subir luego por medio de un sistema que se llama «puños jumar» o «prusik», que es un aparato que se agarra a la cuerda y desliza hacia arriba, pero no hacia abajo... ¿Por qué es esto? ¿Por qué se hacen estas cosas? Porque no se ha buscado la íntima satisfacción, que es la esencia del alpinismo (2).

T.—¿En qué consiste exactamente esa satisfacción?

C. M.-R.—Nadie ha sabido dar una respuesta concreta, y yo tampoco. El siglo pasado, algunos le quisieron buscar justificaciones de carácter científico: que subían montañas para estudiar las reacciones del hombre ante la altura, para ver si los procesos químicos eran los mismos a cinco mil metros que a mil o a quinientos; otros decían que era por la caza... Es decir, intentaban dar una justificación de tipo material, utilitaria, pero, en realidad, todos los alpinistas hemos subido montañas porque sí, sin más justificaciones. ¿Por qué te gusta una puesta de Sol? Pues... no sé; puedes dar algunas razones, porque los tonos rojizos, y tal y cual... pero, sobre todo, hay una cosa íntima muy difícil de explicar, es porque sí. Decía un alpinista famoso que «porque están ahí», porque mi domingo por la mañana o mi sábado por la tarde lo dedico a irme a una montaña y subir, disfrutar en la subida con mi compañero de cordada, sin que nadie se entere, y bajar, volver a Madrid tras haber pasado un magnífico día que me ayuda y me da fuerzas para seguir trabajando al día siguiente.

T.—Entonces, ¿cuáles son las causas de que se haya producido este desmesuramiento del alpinismo, este apartarse de los caminos tradicionales por los que los montañeros andabais a gusto?

C. M.-R.—Bueno, es todo un proceso, evidentemente. Para mí, la justificación la encuentro en el aprovechamiento comercial de que antes hablábamos. Naturalmente, también hay otro elemento, que es el orgullo, el afán de notoriedad; hay personas que hacen cualquier cosa por darse a conocer. Creo que estos dos son los ingredientes fundamentales del fenómeno en el que



Carlos Muñoz-Repiso: «El montañismo es otra cosa, algo así como la filosofía, sin utilidad material, con la que se pretende sólo una satisfacción interior».

se ha subido a la cumbre o no, aunque desde siempre se ha creído en la palabra del montañero. Naturalmente, como contrapartida, como contraprestación de este «creer en la palabra del montañero», cuando a un montañero se le coge en un renuncio, en una falsedad, no se le cree ya nunca.

«Todo parte de que si yo subo una montaña por el propio placer de subir montaña, me busco unas dificultades que me satisfaga luego

cer personal. Entonces, claro, cuando la gente no escala por la búsqueda de la íntima satisfacción, sino por la búsqueda de «otras cosas», fundamentalmente de carácter económico (como exclusivas periodísticas, venta de libros, etcétera, etcétera), entonces sí puede adosarse la escalera de bomberos. Es cuando se producen estos curiosos fenómenos de subir a las cumbres primero por el lado fácil para descender durante un buen trecho por

(1) Al término de su crónica del martes 6 para la agencia Alfil, J. M. Jimeno afirmaba desde Vega de Urriello: «La escalada de Pérez de Tudela (...) no es considerada entre los montañeros totalmente ortodoxa, ya que hace unos días largó desde la cumbre unas cuerdas para hacer más fácil la ascensión en los metros finales».

(2) Con palabras muy similares, Ana María Hernández —esposa de Gervasio Lastra y también montañera— declaraba a Carlos Zeda en «Ya» del día 8: «Yo creo que a ningún buen montañero le agrada este revuelo que se ha armado junto al Naranjo. No es propio del montañismo (...) Los montañeros no buscan el éxito multitudinario, sino algo más sencillo: la propia y personal satisfacción de haber llegado adonde se proponían».





Cordada de César Pérez de Tudela. Obsérvese que sus componentes llevan en el pecho publicidad de una fábrica de mochilas.

ahora mismo nos vemos implicados.

«No obstante, en el tinglado del Naranjo de Bulnes ha habido un conglomerado de gente muy distinta entre sí; pienso que no todos se han puesto de acuerdo para ir a montar esto, sino que ha habido una coincidencia motivada por una época y unas previsiones de buen tiempo que hacían viable el intento. Entonces, alpinistas de los que —creo yo— buscan este placer de vencer las dificultades, de dominar una pared difícil (que es lo que buscamos los alpinistas de domingo o de vacaciones), se han encontrado allí con los señores comerciales que van a la montaña, y se han visto salpicados por todo este lío. Porque es evidente que si leemos entre líneas todas las más o menos confusas informaciones de prensa que nos han ido llegando sobre este asunto, ha habido un grupo de ellos que se negaban a hacer declaraciones y no se querían prestar al juego que este asunto les estaba proponiendo. Y otros, por el contrario, tenían ya vendidas sus exclusivas, continuamente estaban concediendo entrevistas... Esta es la diferencia: creo que hay que distinguir entre los alpinistas que estaban allí para subir una montaña, sin que esa sea su profesión ni le saquen dinero a esto, y se vieron unidos allí con estos otros señores. Lo lamentable es que todos estén implicados en un mismo asunto.

T.—¿Es realmente la cara Oeste del Naranjo de Bulnes la escalada más difícil de España?

C. M.-R.—No, no, es difícil, por supuesto, pero hay otras escaladas más difíciles de hacer en España durante el invierno. La Oeste del Naranjo tiene la ventaja de que está a una altitud de dos mil quinientos metros, aproximadamente, y que —al no tener gran altura— en cuanto vienen unos días de buen tiempo,

las paredes se quedan como en verano, favorecido esto por el hecho de ser tan verticales. No es que yo quiera quitarle méritos a la escalada invernal de la Oeste del Naranjo, en absoluto, pero sí insisto en que hay otras ascensiones más dificultosas. Así, de memoria, por ejemplo, en los mismos Picos de Europa está la Canal del Pájaro Negro, en la Peña Santa de Castilla, que no la ha hecho nadie en invierno todavía... Precisamente esta misma mañana hablaba yo con unos amigos y les decía que me apetecía mucho más hacer la Canal del Pájaro Negro o cualquier escalada de este tipo, que la Oeste del Naranjo, porque aunque no sea cierto, cualquier persona que después de estos feisimos asuntos vaya allí, parece que va a ir en busca de popularidad o de notoriedad. Entonces, creo que debemos procurar seguir haciendo nuestro alpinismo de aficionados, y entrenándose cada uno lo que pueda, aunque sea dando carreritas por la Casa de Campo entre semana para mantener la forma hasta que llega el domingo.

«Pero volviendo a la cuestión de las dificultades, en los Pirineos hay también muchas escaladas más difíciles que la Oeste del Naranjo... Bueno, no «más difíciles», no es el término adecuado, sino que presentan mayores problemas alpinos: son ya tres mil y pico metros, existen ya otros problemas de hielo y de nieve a auténtica escala invernal, y tampoco las ha hecho nadie en invierno. Me refiero a moles como la pared Norte del Cilindro o la pared Norte de La Torre de Marboré... Ahí sería más difícil el hacer estas preparaciones de subir primero por el otro lado, poner cuerdas o escalerillas o lo que hayan puesto en el Naranjo... Y me atengo a las declaraciones para la prensa de los mis-

mos que han subido, diciendo que primero habían escalado la cara Sur para poner cuerdas, y que en verano también habían puesto cuerdas... Yo no sé cómo se puede encontrar así una satisfacción personal.

T.—¿Y en qué consiste, entonces, el negocio de un alpinista comercializado?

C. M.-R.—No lo sé muy bien, porque yo no estoy metido en el mundo de la publicidad y los lanzamientos. Lo único que te puedo decir es que cuando yo venía hoy hacia la oficina he visto en un quiosco un cartel que ponía: «S. O. S. en el Naranjo de Bulnes» sobre una calavera descarnada en grande, y en un rinconcito, arriba, la fotografía de una persona... O son casualidades o son montajes, ya te digo que no lo sé... Pero, por otra parte, leo en los periódicos, «en exclusiva para el diario tal o para el diario cual». Supongo que cuando dicen eso, el que un señor escriba sólo para tal o cual sitio no será «gratis et amore», por carifondo hacia ese periódico; supongo que tendrá una remuneración. Todo eso es dinero. Y supongo además que luego se tendrá muy buen nombre entre el público normal y corriente, pues, para dar conferencias o para dar cursillos. Y eso es más dinero, digo yo...

T.—¿En qué sentido crees que pueden repercutir espectáculos como el del Naranjo: en el de fomentar una mayor afición y originar vocaciones para el alpinismo, o, contrariamente, en esa línea de mixtificación comercial de que antes hablabas?

C. M.-R.—Evidentemente, el que los medios informativos hayan dedicado una atención de primera página al alpinismo puede producir el resultado de que, al conocerlo, a los chicos se les ocurra más fácilmente ir a la montaña. Esto sería

un aspecto positivo, si se toma de manera superficial. Porque si se ahonda más en el asunto y lo que se toma no es ya la afición de ir a la montaña, sino el estilo de subir montañas, creo que esto se convertiría en algo muy serio, porque se le estaría haciendo un gran mal al montañismo. Entre otras cosas, porque se cambiaría el clima existente entre nosotros, que siempre ha sido magnífico en cuanto a camaradería y compañerismo. En ese otro estilo —y ya ha habido indicios de ello en el Naranjo—, las relaciones serían como entre hombres de negocios o entre competidores que aspiran al liderato, con las enemistades, rivalidades y luchas consiguientes. A mí me horroriza pensar en esto; ¿qué quieres que te diga?... pero no puedo descartarlo tal como están las cosas.

«Creo que el sistema para fomentar esas aficiones de que hablabas en la pregunta es el que hemos seguido siempre, aunque quizá yo me pase de clásico o de conservador. El sistema de que los mayores enseñen a los jóvenes que empiezan, bien a través de cursos oficiales —que para eso existe la Escuela Nacional de Alta Montaña—, o bien a título personal, de padres a hijos o con la ayuda de amigos. Este es el sistema lógico, y no el exhibicionismo, de que la gente conozca la montaña, conozca el montañismo y se puedan llegar a tener auténticos montañeros. Que, por cierto, hoy existen en España muchos, muchísimos buenos montañeros, absolutamente «amateurs», no vaya yo a dar una impresión falsa con lo que digo.

T.—¿Pero no temes que el próximo gran «show» —que lo habrá, me figuro, dado el buen rendimiento de éste— lo patrocine una gran firma americana, que los montañeros lleven anuncios por todas partes, como los ciclistas, y que se admitan apuestas sobre qué cordada llegará primero a la cumbre?...

C. M.-R.—Sí, quizá suceda... Yo ya no digo que no a nada: esta vez algunos llevaban anuncios de una fábrica de mochilas en el pecho, y realmente todo es posible, no sabemos hasta dónde puede llegar este asunto. Desde luego, las competiciones de montaña no están admitidas en ningún lado, porque, claro, a través de la competición lo que se hace es aumentar el peligro natural de nuestra actividad (3). Peligro que no es tan grande —si se cumplen todas las reglas y todas las normas— como creen los no entendidos, pero que, evidentemente, existe. No sé... si el dinero entra en la montaña, creo que estamos perdidos. ■ Entrevista registrada en magnetofón por FERNANDO LARA.

(3) Sobre los peligros del alpinismo y su posible limitación o regulación, véase TRIUNFO número 537, artículo «Muerte en la montaña», de Fermín Cebolla.